



SERIE TIEMPO DE BUSCAR

Anclas en la Tormenta

Verdades que nos
mantienen firmes



Joe Stowell

CONTENIDO

Las verdades que nos mantienen firmes.....	2
<i>Lo común y corriente</i>	3
<i>La capacidad de soportar</i>	5
<i>Las opciones sobrenaturales</i>	7
<i>El poder de Dios</i>	9
<i>El apoyo divino</i>	14
<i>Un proceso con propósito</i>	15
El propósito de generar algo bueno.....	23
<i>Avanzar con lo que sabemos</i>	24
<i>El dolor es un proceso</i>	25
<i>El dolor es un proceso con propósito</i>	29

ANCLAS EN LA TORMENTA

de Joe Stowell

Durante los años que se desempeñó como pastor, presentador de un programa de radio y presidente del Instituto Bíblico Moody, Joe Stowell ha ayudado a muchas personas que sufren a encontrar fuerzas para recorrer la vida.

Con un realismo tranquilizador arraigado en el eterno consejo de la Palabra de Dios, Joe Stowell proclama un mensaje de esperanza y fe que puede ser nuestro a medida que avanzamos por el maravilloso, aunque difícil, camino de la vida.

Este es el tipo de aliento que usted encontrará en las siguientes páginas extraídas del libro *The Upside of Down* (Lo Bueno del Revés) de la editorial Discovery House Publishers.

Martin R. De Haan II

LAS VERDADES QUE NOS MANTIENEN FIRMES

Los pilotos que vuelan en una tormenta o en la oscuridad se desorientan rápidamente y sus sentidos los engañan. Los pilotos dicen que cuando vuelan sin visibilidad, pueden estar realizando un círculo mientras que sus sentidos les aseguran que van hacia adelante. Cuando un piloto se desorienta de esta manera, su cuerpo le dice una cosa y los instrumentos le dicen algo completamente diferente. Para seguir volando a salvo, tiene que confiar en los instrumentos del avión. Dichos instrumentos le dirán lo que es real y absolutamente cierto.

Cuando estamos en problemas, consideramos que lo cierto es lo que indica el panel de instrumentos, ya que da seguridad sin importar cómo nos sintamos. Las personas que sufren suelen

decirme: «Del cuello para arriba sé lo que es cierto, pero de alguna manera no tiene sentido en mi corazón». Asumimos que, si sólo tiene sentido en nuestra cabeza, no sirve. Pero sí sirve.

Parte del proceso de superar el dolor es aprender a aferrarnos a lo que tenemos «del cuello para arriba». Cuando nuestros corazones están destrozados y sufren, pareciera que no hay conexión alguna entre el cerebro y las emociones. Eso está bien. Simplemente no deseche lo que ya sabe. Esta es la clave para salir adelante en medio de la dificultad. Eso es exactamente lo que significa la Palabra de Dios cuando dice: «Tened por sumo gozo [...] sabiendo que [...]» (Santiago 1:2-3).

¿Qué podemos saber en medio de las pruebas? ¿Cuáles son los instrumentos confiables que nos conducen exitosamente en medio de la dificultad?

En Santiago 1:3-4, la verdad que nos estabiliza es *saber* que «la prueba de [n]uestra fe

produce paciencia» y que debemos dejar que «tenga la paciencia su obra completa, para que se[amos] perfectos y cabales, sin que [n]os falte cosa alguna». Lo que Santiago dice es que podemos saber que el dolor es un proceso con un propósito. Ese conocimiento específico nos capacitará para reaccionar con gozo ante dicho proceso.

En las Escrituras existen al menos seis anclas mentales que brindan estabilidad en medio de la tribulación.

LO COMÚN Y CORRIENTE

Tres de esas verdades «conocidas» se encuentran en 1 Corintios 10:13. La primera parte del versículo dice, «No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana». Desafortunadamente, tendemos a pensar en la palabra *tentación* sólo con relación al pecado. Aunque es parte de su significado, limitar el término a pecado reduce enormemente el alcance del texto. Es interesante notar que la

palabra tentación proviene del mismo grupo de palabras que encontramos en Santiago 1:2 (cursivas añadidas): «Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas *pruebas*». De hecho, 1 Corintios 10:13 podría leerse de la siguiente manera: «No os ha sobrevenido ninguna *tribulación* que no sea humana».

Esta parte del versículo 13 provee el primer principio del que debemos depender cuando enfrentamos problemas. Es el principio de lo común y corriente. Usted puede estar absolutamente seguro de que no es el único que ha atravesado este tipo de problema. No fue seleccionado por Dios para ser la única persona en la historia de la raza humana que experimente una situación como esta. Hubo algunos antes y habrá otros después.

Se ha dicho: «Mal de muchos consuelo de tontos». Lo cierto es que el mal que experimentamos *necesita* el consuelo de saber que muchos atraviesan

lo mismo y así evitar que nos sintamos terriblemente solos, podamos encontrar otras personas que lucharon contra los mismos dragones y seamos capaces de ayudar a otros que van a caer en la misma emboscada.

En la iglesia en los Estados Unidos contamos con privilegios que muy pocos creyentes tienen en otras partes del mundo. Uno de ellos es la buena literatura cristiana. La mayoría de las librerías cristianas actualmente tienen materiales de calidad acerca de personas que atravesaron momentos oscuros, biografías de héroes que sufrieron y libros específicos sobre tragedias repentinas, abusos, hogares destrozados, decepciones y varios problemas más.

Si usted está sufriendo en medio de una prueba, debe encontrar a alguien que ya haya pasado por eso, que haya luchado y experimentado la gracia, el crecimiento y la gloria. Conectarse con otros para encontrar apoyo y comprensión

puede ser de gran ayuda. Busque héroes que hayan superado sus crisis con las manos levantadas en señal de victoria. Lo que usted está sufriendo es común a los demás.

Y a medida que Dios, en Su gracia y a Su tiempo, comience a unir las piezas que lo llevarán a crecer para Su gloria, usted podrá cumplir la verdad de lo común y corriente convirtiéndose en apoyo para otra persona que espera escuchar ese «¿Te puedo ayudar? ¡Yo ya lo pasé!»

Como pastor, me sentía tremendamente frustrado cuando estaba junto a personas que estaban atravesando una pena terrible. Pronto aprendí que *no* debía decir, «Te entiendo», porque realmente no entendía. Nunca me había encontrado en esa situación.

Pero luego, alguien especial que sí había experimentado anteriormente ese dolor se acercaba, abrazaba a ese soldado sufriendo y decía: «Te entiendo. ¿Quieres que hablemos?».

LA CAPACIDAD DE SOPORTAR

El segundo principio es la verdad acerca de la capacidad de soportar. Primera Corintios 10:13 continúa diciendo, «Pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir». Dicha declaración garantiza que Dios nunca permite más cosas de las que podamos soportar. Es como una carretera que tiene una señal antes de llegar a un puente que dice, «Límite de carga: 5 toneladas». Dios, quien conoce nuestro «límite de carga», restringe el peso que nos permite llevar.

Uno de los estados en los que vivimos tenía una política de devolución de botellas. Por cada botella de bebida gaseosa que se devolvía, se recibían 10 centavos. Ni Martita ni yo teníamos predilección por devolver botellas. Esto hizo que se acumularan en la cochera dejando una verdadera cuenta de ahorros en botellas de gaseosas. Una noche, cuando las pilas de botellas habían llegado

a una altura intolerable, decidí devolverlas. Nuestro hijo Mateo, entonces en edad preescolar, me siguió a la cochera y dijo generosamente, «Papito, ¡déjame ayudarte! (¿Por qué cuando los hijos son demasiado pequeños para ayudar quieren hacerlo y, cuando finalmente crecen lo suficiente como para colaborar, no tienen interés?)» «Claro Mati», fue mi respuesta. Este precioso niño tomó dos cajas de botellas y luchó por meterlas en el automóvil.

Entonces partimos hacia la tienda de comestibles. Cuando llegamos, conseguí un carrito, apilé las botellas adentro y con otras bajo los brazos comencé a caminar hacia la tienda. Mati llevaba dos cajas. A mitad de camino, las puso en el suelo, me miró y exhausto dijo, «Papá, no puedo más. Son demasiado pesadas». Le respondí, «Escucha Mateo. Tú comenzaste la tarea. Querías ayudar. Ahora vamos, sigue adelante y hazlo bien. Levanta esas botellas. Contaré hasta cinco».

¿Cree usted que dije eso? ¡Ni en broma! Como padre, entendía las limitaciones de mi hijo. Levanté las cajas de Mati y las puse en el carrito. Ahora bien, si yo, siendo un padre terrenal y de naturaleza caída, hago eso por mi hijo, cuánto más mi Padre celestial que me conoce íntimamente estará dispuesto a impedir que suceda algo que supere mi capacidad de soportar. Usted puede estar seguro de esto: Si Él permite que la tribulación llegue a su vida, será algo que usted puede soportar.

No significa que nuestra tribulación a veces no parezca insoportable, porque a menudo parece que es así. El tema es que podemos estar seguros de que si Dios, conociéndonos íntimamente (y Él nos conoce mejor de lo que nosotros mismos nos conocemos), la permitió, podemos tener la tranquilidad de que efectivamente no sobrepasará nuestra capacidad de soportarla.

Esta promesa garantiza que, aunque tal vez nos doblemos, jamás nos quebraremos.

Nuestras vidas sólo se debilitan y se quiebran de manera fatal cuando, al reaccionar mal, permitimos que la amargura le añada peso a la carga que llevamos.

Existe un aspecto particularmente estratégico en este principio que no podemos atrevernos a dejar de lado. Todos hemos tenido ocasionalmente la sensación de que Dios no ha hecho nada por nosotros durante mucho, mucho tiempo. Lo vemos obrando en las vidas de los demás, pero gran parte de nuestra existencia parece extrañamente carente de acciones sobrenaturales. Tendemos a amargarnos y pensar que, si bien Dios está actuando en algún lugar, «¡Él no está obrando en mi vida!»

De hecho, si Dios no hiciera nada más que redimirme, ya hizo muchísimo más de lo que merezco. Este es motivo suficiente para darle alabanza y gloria por el resto de mi vida. Pero más allá de eso, Él sigue activo cada día de mi vida al

permanecer como centinela a las puertas de mi existencia sopesando, midiendo y excluyendo cualquier cosa que exceda mi límite de carga. Estas son las cosas que desconozco. Habitualmente, cuando me voy a dormir, me gusta agradecerle a Dios por las cosas que hizo por mí ese día y que desconozco. Cuando usted no tenga nada en su lista de agradecimientos, agrádezcale a Dios por haber garantizado que sus luchas sean soportables y haber impedido situaciones que habrían sido golpes mortales.

LAS OPCIONES SOBRENATURALES

La tercera verdad que podemos saber con certeza es que Dios dispone de opciones sobrenaturales para librarnos de la tribulación. La parte final de 1 Corintios 10:13 dice, «sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar». Me encanta 2 Pedro 2:9 que dice, «Sabe el

Señor librar de tentación a los piadosos». Esto garantiza que, cuando me meta en problemas, aunque me sienta como que estoy atrapado en una habitación entre cuatro paredes sin ventanas ni puertas para escapar, Dios ya sabe cómo va a librarme. Él se dedica a fabricar vías de escape.

Cuando Saúl perseguía a David, este se encontró en una fría cueva clamando a Dios, «¿Hasta cuándo, Jehová? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí? ¿Hasta cuándo pondré consejos en mi alma, con tristezas en mi corazón cada día? ¿Hasta cuándo será enaltecido mi enemigo sobre mí?» (Salmo 13:1-2).

Al igual que David, cuando pensamos que Dios nos ha olvidado, estamos propensos a planear nuestra propia salida. Decimos, «Sé lo que debo hacer. Voy a [...] no eso no va a funcionar. Esto es lo que haré [...] no, no creo que eso funcione tampoco». Es la desesperación

total al parecer que estamos encerrados sin salida.

Los hijos de Israel, finalmente librados de Egipto por la fenomenal obra milagrosa de Dios, estaban de espaldas al Mar Rojo observando el polvo que levantaba la hueste egipcia que se aproximaba en el horizonte. ¿Cómo reaccionaron? «Dios tiene opciones que jamás imaginamos mientras estábamos en Egipto. ¿Se acuerdan de las diez plagas? Jamás soñamos que Dios nos libraría de esa manera. ¿Pueden imaginarse lo que va a hacer ahora? Será algo espectacular».

Desafortunadamente, lo que realmente dijeron fue, «Mejor nos fuera servir a los egipcios, que morir nosotros en el desierto» (Éxodo 14:12).

Sin embargo, Dios tenía un plan para librarlos que jamás se habrían imaginado ni en sueños. El Señor le dijo a Moisés, «¿Por qué clamas a mí? Di a los hijos de Israel que marchen. Y tú alza tu vara, y extiende tu mano sobre el mar,

y divídelo, y entren los hijos de Israel por en medio del mar, en seco» (vv. 15-16). Sabemos el resto de la historia. El mar se dividió y los israelitas cruzaron caminando. El ejército egipcio los siguió, Dios cerró el mar y los egipcios se hundieron como piedras. El pueblo de Dios estaba libre. La tribulación había pasado. Dios sabe cómo librar de la tribulación a los justos.

Recuerdo una ocasión cuando aconsejaba a una mujer que acababa de conocer a Cristo. Ella deseaba llegar a ser la mujer que Dios quería que fuera, así que estudiábamos pasajes de las Escrituras que muestran cómo debe ser una esposa y hablábamos acerca de todo lo que implicaba cooperar bondadosamente con el liderazgo de su marido. Un día, se me acercó y dijo, «Pastor, tengo un gran problema. He estado ahorrando dinero para un juego de comedor. Me encanta el que tiene mi suegra y estoy buscando uno igual. Luego de revisar en el periódico los avisos de venta

de muebles de segunda mano, mi esposo y yo fuimos a ver algunos, pero parece que a él no le interesa en absoluto. Es tan insensible. Fuimos a un par de lugares donde los muebles realmente me gustaron, pero él simplemente dice, «No, no me gustan».

La alenté para que fuera paciente y esperara que el Señor obrara. A la semana siguiente regresó y dijo que la cosa había empeorado. Entonces agregó: «Lo peor de todo es que es mi dinero y a él no le importa en absoluto el tipo de muebles que tenemos en casa. No sabe si son de estilo francés o de principios del Ejército de Salvación. A él básicamente le interesa su periódico, su sillón y su televisor».

Un par de semanas después, regresó y me dijo, «Usted no lo va a creer, pero mi suegra me llamó y dijo que se había comprado un juego de comedor totalmente nuevo y quería saber si me gustaría quedarme con el de ella».

Dios no siempre obra exactamente así, pero está claro que tiene muchas opciones distintas de salida. Cuando somos fieles y pacientes en la tribulación, Dios, a Su tiempo, dará salidas que van mucho más allá de lo que soñamos jamás.

EL PODER DE DIOS

La cuarta verdad que conocemos es que el poder de Dios está actuando en la dificultad. Un amigo mío tiene un automóvil con un motor maravilloso. Cuando nos detenemos ante una luz roja y esperamos que cambie, tengo ganas de decirle, «Enciende el motor». Funciona tan silenciosamente que no emite vibración ni ruido alguno. Si yo tuviera un automóvil así, probablemente rompería diez docenas de motores de arranque pensando que había dejado de funcionar. Si no fuera por el tacómetro que marca las RPM, se podría pensar que el motor está apagado.

La mayor parte del tiempo no notamos que el poder de Dios

está actuando para solucionar nuestra dificultad. Algunas veces vemos muy poca evidencia de Su obra, pero Su poder está actuando intensamente al menos en tres dimensiones.

El poder de Dios para sacar lo bueno de lo malo.

La primera dimensión es la afirmación de Romanos 8:28 donde se nos asegura que el poder de Dios transforma lo malo en algo bueno. Es Su capacidad fenomenal para tomar las peores circunstancias posibles, transformarlas y, al final, sacar lo bueno de algo terrible.

Si alguna vez usted se siente realmente decepcionado o desanimado, lea la historia de José en Génesis 37-50. Traicionado por las personas más cercanas, su propia familia, fue vendido a Egipto como esclavo. Luego de alcanzar una posición de influencia en la casa de Potifar, José enfrentaba a diario los esfuerzos por seducirlo de parte de la esposa del gobernante.

Los egipcios se enorgullecían de tener esposas bellas y

sensuales. Sin duda alguna, Potifar, uno de los principales burócratas del país, tenía una esposa bastante espectacular. Debido a su trabajo, él pasaba gran parte del tiempo fuera de casa, así que probablemente ella estaba sola. José, que era joven y fuerte, administraba la casa diariamente. Un día, ella lo quiere sujetar y él huye. Dios mira a José y dice, «Bien hecho, José. ¡Eres el tipo de hombre que me agrada!» Pero lo castigan con tres años de cárcel. Nadie se acuerda de él durante todo ese tiempo. (Es probable que, en el transcurso de esos años, Dios haya estado eliminando la arrogancia de la vida de José). Entonces, a Su tiempo, el Señor libra a José y lo eleva a la segunda posición más importante en el imperio.

En el país había una hambruna y sus hermanos traicioneros acudieron a él en busca de alimento. Ahora sus vidas estaban en manos de José. Con el tiempo, su padre, que se había trasladado a Egipto, muere,

y los hermanos temían que José se vengara matándolos (Génesis 50:15). Se presentaron humillados ante él, sólo para escucharlo decir, «No temáis; ¿acaso estoy yo en lugar de Dios? Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo» (vv. 19-20). Dios había usado Su poder para convertir en algo bueno los peores momentos de la vida de José.

Esta capacidad de Dios de sacar lo bueno de lo malo quedó demostrada en la cruz. ¿Hubo acaso algún momento en la historia de la humanidad que fuera más atroz, injusto y personalmente angustiante que cuando el Hijo de Dios fue colgado como un criminal? Todo el infierno se regocijó por tres días. Satanás había prevalecido, había exterminado al Hijo victorioso. Entonces Dios convirtió aquello increíblemente malo en algo maravillosamente bueno: la redención del pecado. Se abolió el infierno y ganó el cielo.

Desafortunadamente, a veces no estamos dispuestos a esperar pacientemente y nos entrometemos intentando tomar el proyecto en nuestras propias manos, y mientras Dios trata de hacer Su buena obra, nosotros estamos aquí abajo arruinando Su proyecto al reaccionar con venganza, amargura y otras respuestas contraproducentes. Debemos seguir las pisadas de Cristo, «el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente» (1 Pedro 2:22-23).

El poder de Dios para tratar con nuestros enemigos. El segundo tipo de poder que actúa en medio de la tribulación es el poder de Dios para lidiar con nuestros enemigos. José les dijo a sus hermanos, «¿Acaso estoy yo en lugar de Dios? (Génesis 50:19). Esta es una pregunta muy importante. Romanos 12:17 indica lo

siguiente, «No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres». Esta maravillosa verdad quedó demostrada cuando José admitió que no era asunto suyo desquitarse con sus hermanos porque Dios es quien aplica la justicia. Experimentamos liberación emocional de nuestros enemigos cuando decimos, «Dios, es asunto tuyo. Ocúpate de ellos». Entonces quedamos liberados para ser como Dios y, a su vez, amar a nuestros enemigos. Romanos 12:19-21 dice:

No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal.

Es liberador saber que Dios se ocupa de aquellos que

causan tribulaciones en mi vida. Esto, a su vez, me da libertad para amarlos. Jesús dijo:

Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto (Mateo 5:43-48).

Una vez más, el problema es que nos entrometemos. Dios

no nos ha equipado ni nos ha dado capacidad para aplicar justicia y venganza a nuestros enemigos. Por esta razón, las cosas siempre se estropean cuando lo intentamos. Él es el único que tiene ese derecho y el poder y la sabiduría para hacerlo bien.

Nunca olvidaré a una mujer mayor que se acercó a mi oficina y acaloradamente arrojó una larga lista de quejas sobre su marido. Le pregunté cuántos años llevaban de casados. Eran más de cuarenta. Jamás en la vida aconsejé a nadie que dejara su hogar, ni jamás lo haría, pero como ella seguía hablando sin parar de lo desdichada que era, finalmente le dije, «¿Por qué ha vivido tanto tiempo con él si es tan malo? ¿Jamás pensó en irse? No se lo estoy aconsejando, pero me gustaría saber su opinión».

Ella me dijo, «¡Oh, no! Nunca le pondría fin a este matrimonio».

Pensé que era una actitud honorable hasta que continuó

hablando. Era evidente que odiaba tanto a su esposo que el terminar con el matrimonio habría significado no atormentarlo más. Para ella, esa era la razón de quedarse. ¿Por qué querría renunciar a la oportunidad de hacer trizas a su enemigo todo el tiempo?

Dios nos ha llamado a actuar de una manera mejor. En medio de la tribulación, podemos contar con el poder de Dios para lidiar con aquellos que están en contra de nosotros. Entonces tenemos libertad para ser como nuestro Padre celestial, libertad para bendecir a los que nos maldicen, orar por los que nos usan maliciosamente y amar a nuestros enemigos porque, al final, el poder de Dios lidiará de manera justa con ellos.

El poder de Dios para sostenernos. El tercer tipo de poder con que podemos contar se encuentra en 2 Corintios 4:7-9: «Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder

sea de Dios, y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, más no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos».

Me encanta saber que Dios valora lo precioso de mi ser. Aunque me encuentre al límite, Él, en Su maravilloso y soberano poder, siempre me mantendrá sano y salvo mientras yo reaccione de manera apropiada ante Él y la prueba.

A menudo, el salmista dice que Dios nos sostiene con Su mano derecha. La «diestra de Dios» es una metáfora del Antiguo Testamento para referirse a la fortaleza. Piense cuando uno le toma la mano a un niño que está caminando. No sé qué sucede, pero de alguna manera el niño que está caminando junto a usted de repente comienza a volar sin razón alguna. Sin embargo, aunque el niño pierda el equilibrio y corra peligro de caerse, el poder suyo impide que caiga y se destruya.

¡Qué cuadro tan maravilloso! Dios me sostiene con Su poderosa mano derecha mientras camino por la senda de la vida. Si tropiezo y mis dos pies pierden el equilibrio, todo está bien porque Él me sostiene. En última instancia, podemos contar con que, en definitiva, Su poder nos protegerá y nos guardará de la destrucción total.

EL APOYO DIVINO

La quinta verdad que podemos afirmar en tiempos difíciles es la realidad del apoyo divino. En 2 Corintios 12:7-9, Pablo habla de sus luchas con un aguijón en la carne. Oró tres veces para ser liberado, pero no sirvió de nada. Entonces se sometió a la aflicción de por vida y, con un espíritu positivo, resolvió dejar que la fortaleza de Dios se manifestara en su debilidad al descubrir que la gracia divina era suficiente para sostenerlo en la prueba.

En los años que me he desempeñado como pastor, he estado junto a personas que

soportaron sufrimientos y tribulaciones fenomenales, y tengo que admitir que muchas veces me voy diciendo: «No puedo creer lo bien que manejan la situación». Creo que si se tratara de mí, sería un caso perdido. Entonces escucho la confianza de Pablo que hace eco en mi corazón y me dice: «la gracia de Dios es suficiente». Al igual que Sus brazos eternos, la gracia de Dios nos envuelve y nos sostiene, se apodera de nosotros y nos sentimos respaldados.

Su gracia es la ayuda inmerecida que nos concede. Estará presente en medio de nuestra tribulación. ¿Hasta qué punto? ¿Acaso hay algún problema que sea más grande que la provisión de la gracia divina? La respuesta es no. Por eso, Pablo dijo que la gracia de Dios bastaba (12:9).

UN PROCESO CON PROPÓSITO

El sexto principio con que podemos contar en tiempos difíciles

es que Dios usa la tribulación como un proceso con propósito para nuestras vidas. Él jamás desperdicia nuestro sufrimiento. Todo dolor que permita lo empleará como un proceso con propósito.

Hay dos propósitos bíblicos: nuestro crecimiento, que es el tema de Santiago 1:2-4, y la gloria de Dios (Juan 9:3).

La tribulación atrae la atención de las personas que nos rodean. Hebreos 10:33 dice, «Por una parte, ciertamente, con vituperios y tribulaciones fuisteis hechos espectáculo; y por otra, llegasteis a ser compañeros de los que estaban en una situación semejante». Una Navidad, alguien le regaló a uno de nuestros hijos un casco de bombero de plástico. Era uno de esos regalos que uno hubiese preferido que no le dieran. Tenía una luz roja brillante en la parte superior y una sirena que funcionaba a pilas. Nuestros hijos corrían por toda la casa con la sirena y la luz encendidas.

Era imposible ignorar que estaban presentes.

Así sucede con la tribulación. Ni bien ataca nuestra vida, las luces comienzan a destellar y todos empiezan a mirarnos. Por esta razón, procesar la prueba de manera bíblica brinda una oportunidad sumamente maravillosa para que, como un «espectáculo» que el mundo está observando, demostremos la presencia y el poder de Dios en nuestras vidas. La tribulación se convierte en una oportunidad para que Dios se glorifique a Sí mismo y demuestre su fortaleza.

Tuve oportunidad de escuchar y ver a Joni Eareckson Tada contando acerca de su profundo amor a Dios y su gozo en Cristo. Estaba paralítica de los hombros para abajo, pero su rostro resplandecía mientras estaba sentada en su silla de ruedas. Era evidente que Dios era Alguien real que le daba satisfacción, plenitud y fuerza en medio de la prueba que le había tocado para toda

la vida. Era una demostración indudable de la realidad, el poder y la gracia de Dios. Mientras que el remordimiento, la autocompasión y la amargura son el resultado de reacciones antibíblicas frente al sufrimiento, la evidencia del poder y la presencia de Dios en la vida de Joni a través del sufrimiento demostraban fehacientemente la gracia y la gloria del Señor.

El sufrimiento es una plataforma para desplegar el poder de Dios. Algunas veces, ese poder se muestra por medio de una liberación milagrosa y otras mediante la gracia que Él nos da para soportar con una actitud positiva que refleja el perdón y la paz durante un problema persistente y que, en ocasiones, dura toda una vida.

Cuando las pruebas nos convierten en un espectáculo, tenemos el privilegio de reaccionar bíblicamente y poner fin a los intentos de Satanás de desfigurar la gloria de Dios. Nuestros problemas nos permiten

demostrar claramente que, pase lo que pase, Dios es digno de ser adorado, ofrecerle voluntariamente nuestra lealtad y demostrar la realidad de Su presencia, poder y paz en medio del dolor.

El dolor es un proceso cuyo propósito no es solamente demostrar la gloria de Dios, sino también permitir que crezcamos tanto en el carácter como en la capacidad para enfrentar la vida. Santiago 1:2-4 declara que debemos considerarlo como sumo gozo sabiendo que contribuirá a alcanzar una vida que nos convierta en «perfectos y cabales, sin que [n]os falte cosa alguna».

¿Cómo sucede eso? El texto continúa hablando del proceso de cuatro etapas que nos hace crecer: la prueba de nuestra fe, la prueba de nuestra resistencia, la prueba de nuestra tendencia a ceder y dependencia de la oración.

La prueba de nuestra fe. Esto ocurre cuando la tribulación desafía nuestra fe y nos

llama a dar testimonio. ¿Qué es la fe? La fe es nuestra dependencia inamovible de Dios. Me alegra que el Señor no sea un producto en el que no podemos confiar que se nos escurre entre los dedos ni un blanco móvil en el que no podemos confiar. Dios no juega a las escondidas con nosotros, sino que nos reveló Sus promesas, Sus caminos y Su carácter. Todas estas cosas son confiables, sólidas y claramente verdaderas. No cambian. Son las asas donde nos aferramos cuando estamos en problemas.

Cuando llega la tribulación, por fe me aferro a Sus promesas:

No te desampararé, ni te dejaré (Hebreos 13:5).

Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados (Romanos 8:28).

Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales,

sin que os falte cosa alguna (Santiago 1:4).

Aun cuando no hay luz al final del túnel, cuando estamos en una creciente oscuridad y tenemos el corazón quebrantado, estas promesas son ciertas y nos brindarán una fuente de estabilidad.

Cuando llega la tribulación, por fe me aferro a Sus caminos. En esos momentos oramos diciendo: «Padre celestial, sé lo que hiciste en el pasado y cómo actuaste con personas reales de las Escrituras. Dado que eres un Dios así, me aferro a Ti para atravesar esto. No me volveré un ser amargado ni manipulador. Simplemente permitiré que hagas Tu obra en Tu tiempo». Entonces, por fe, nos aferramos a esto.

Cuando llega la tribulación, por fe me aferro a Su carácter. Primera Corintios 10:13 dice, «Fiel es Dios». Por fe nos aferramos a la fidelidad de Dios. Él no va a aparecer al final de la tribulación para decir: «Lo lamento tanto, pero

tuve tres semanas muy atareadas. Simplemente no pude ocuparme de tu situación». Su carácter es firme y fiable, totalmente digno de nuestra confianza. Dios es amoroso, justo (lo cual ayuda en lo que respecta a nuestros enemigos), recto, lleno de gracia y misericordia.

Cuando aparecen los problemas, nuestra fe es probada y somos llamados a dar testimonio para demostrar si creemos en Sus promesas, Sus caminos y Su carácter y si los aplicaremos de manera ineludible a toda circunstancia de la vida. Cuando reaccionamos de otra manera que no esté a la altura de estas verdades, reflejamos la debilidad de nuestra fe.

La prueba de nuestra resistencia. Esto sucede cuando «reaccionamos con fe» a nuestra situación. Si nos aferramos tenazmente a Dios, no nos rendiremos ni cederemos. Es interesante que la palabra soportar en castellano proviene de dos palabras latinas: *sup* y *portare*. *Sup* significa «sobre»

y *portare* quiere decir «llevar». Soportar es la capacidad de llevar sobre uno la tensión hasta que la obra de Dios se haya completado.

A nuestra familia le encanta comer sandía. Nuestros hijos se dieron cuenta desde temprano que si uno aprieta con el pulgar una semilla húmeda de sandía, esta sale disparada volando por encima de la mesa. Es especialmente divertido si le das en el blanco a tu hermana.

Muchos de nosotros reaccionamos ante los problemas del mismo modo. La vida comienza a presionarnos y ¿cuál es nuestra respuesta? «¡Señor, sácame de aquí! Resuelve este problema de inmediato». Pero cuando Dios dice que no, en vez de tratar de zafar, clamamos a Dios con fe y nos quedamos allí porque la fe produce paciencia. Permanecer soportando la presión con un espíritu positivo es parte importante del proceso divino que obra para lograr un fin productivo en nuestras vidas.

En tiempos de tribulación, es útil hacer una lista de verdades relevantes y específicas acerca de Dios y buscar los pasajes que las sustentan. Memorizar estos textos y basar nuestras oraciones en ellos harán que se arraiguen en nuestro corazón y nuestra mente. La esencia de la resistencia es el compromiso de esperar que Dios cumpla esas verdades en nuestra vida mientras obedecemos y confiamos en Él de manera inquebrantable.

Aguardemos expectantes la gracia, el crecimiento y la gloria, y regocijémonos ante cualquier señal que indique que el proceso está dando resultado en nuestra vida. Verifiquemos nuestro compromiso con frecuencia. ¿Hemos comenzado a confiar en nosotros mismos y en nuestra manera de hacer las cosas? ¿Nos hemos vuelto manipuladores, resentidos, amargados, hirientes y vengativos? ¿O por fe nos aferramos a Dios y reaccionamos de una manera bíblica?

La prueba de nuestra entrega. Luego de ejercer una fe a toda prueba y persistente en Él, la tercera dinámica es someterse al proceso. «Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna» (Santiago 1:2-4).

«Mas *tenga* la paciencia su obra completa» es el mandamiento del texto. Es como una operación quirúrgica. Cuando el cirujano entra y nos dice que necesitamos una operación, decimos, «Muy bien, soportaré el proceso y asumiré el dolor». Tenemos confianza en el doctor y creemos que esto, en definitiva, es para nuestro bien. Imaginemos la siguiente situación: Nos llevan en la camilla a la sala de operaciones y el personal comienza a prepararnos para la operación. Cuando el cirujano entra, observamos que pasa por las bandejas de

los escalpelos que están tan afilados como hojas de afeitar. La enfermera le pone los guantes y luego acerca la bandeja de los escalpelos hacia la mesa de operaciones. En ese momento balbuceamos entre dientes, «Ah, no [...]» y saltamos de la mesa. El doctor toma un escalpelo y trata de operarnos mientras nos persigue por toda la sala de operaciones.

Obviamente, esto jamás sucedería. Sin embargo, muchos de nosotros le damos ese tipo de problemas a Dios cuando Él busca hacernos crecer mediante una prueba. Por eso, Santiago 1:4 demanda que nos sometamos al proceso. Debemos resistir el impulso inicial de saltar de la mesa. En lugar de eso, necesitamos poner nuestra fe inquebrantable en el cirujano divino y soportar sabiendo que, al final, todo culminará de una manera que nos producirá gozo y alabanza por el proceso vivido.

Nuestra dependencia de la oración. Por último, Santiago

nos dice que oremos. El versículo 5 dice, «Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios». Habrá muchísimos momentos cuando no sepamos qué hacer ni cómo responder. Necesitamos ir al Padre y buscar sabiduría de parte de Él. Pero si estamos tan afligidos que no podemos orar o no sabemos cómo hacerlo, Romanos 8:26 nos tranquiliza asegurándonos que el Espíritu Santo toma los gemidos que ni siquiera podemos proferir y los presenta delante del Padre, les quita toda confusión y los coloca delante de Él por nosotros, de acuerdo con Su voluntad.

La oración en medio de la tribulación nos ayuda a volver a ver a Dios. Desvía nuestros ojos de los problemas y los vuelve a enfocar en Dios que es todopoderoso, misericordioso y justo.

La oración revela cosas acerca de uno mismo. Cuando oro en medio de la tribulación, puedo decir, «Señor, Tú

conoces este lío con Roberto y Sara. Bueno, ellos [...]» A menudo, el Señor interrumpe y dice, «Sí, los conozco, pero ¿podemos hablar acerca de ti?» La oración revela cosas en mi propia vida que debo enfrentar si quiero llegar a ser «perfecto [...] y cabal [...], sin que [me] falte cosa alguna» (Santiago 1:4). Descubro que la respuesta habitual de Dios es: «Yo me ocuparé de ellos. Hablemos de ti».

Cuando oro, a menudo recuerdo principios bíblicos que son relevantes y verdaderos. Su Palabra comienza a resurgir en mi mente y recuerdo los pasajes y los principios que necesito aplicar. Esta es la sabiduría de parte de Dios, la sabiduría acerca de Él, acerca de mí y acerca de Su Palabra: «Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios» (Santiago 1:5).

Nunca hay una manera fácil de atravesar la tribulación, pero siempre hay una forma correcta de hacerlo aceptándola

con gozo porque conocemos los beneficios del proceso, ejercitando la fe, sometiéndonos al proceso y orando por sabiduría.

Aceptar que las dificultades son un proceso con propósito requiere que nuestros objetivos en la vida sean como los del Señor. Si nuestro propósito en la vida es estar cómodos, que nos acepten, que seamos felices y que acumulemos suficiente dinero como para comprar lo que queremos, entonces jamás encontraremos esperanza en la tribulación. Estos no son los objetivos de Dios para nuestra existencia. Para Él, el carácter es más importante que el dinero en efectivo, la conveniencia o la comodidad. Para Él, nuestra competencia vale más que simplemente pasar por la vida felices, pero sin preparación y funcionalmente incapaces de beneficiar la vida de las personas y la causa eterna.

El nivel de productividad de las pruebas en nuestras vidas es cuánto más nos parecemos a Jesucristo ahora que cuando

comenzó la tribulación. El dolor es un proceso con un propósito divino y Dios jamás desperdicia nuestros sufrimientos.

Entre todos los interrogantes que invaden nuestro corazón y nuestra mente en los momentos de tribulación, las certezas giran alrededor de las respuestas en cuanto a quiénes están involucrados y qué es lo que se busca.

¿Quiénes? Dios y yo. El Dios fiable y digno de confianza que obra en y a través de mí concediendo Su gracia hasta que mi crecimiento y Su gloria se hayan completado.

¿Qué? Mi conocimiento de lo que es claramente verdadero y confiable. Evitar las respuestas alternativas, improductivas y destructivas significa que preferimos creer que nuestra prueba finalmente será motivo de gozo en Su mano poderosa y creativa. Impedir que el peso de nuestros sentimientos sea lo que impulse nuestras reacciones significa que actuamos en base a lo que sabemos que

es verdad y que tenemos todo como motivo de gozo al aferrarnos por fe a las realidades de Su Persona: Sus promesas, Su carácter y Sus caminos; someternos al proceso; orar por sabiduría y soportar la presión hasta que haya un crecimiento mensurable tanto en carácter como en competencia y un reflejo de Su gloria.

Los principios de crecimiento y gloria a menudo quedan demostrados en las Escrituras. El tema penetrante del Nuevo Testamento es que Dios hará lo necesario para que seamos semejantes a Su Hijo. Quizá Su propósito sea hacernos «crecer» mediante las tribulaciones para que seamos capaces y productivos reduciendo los riesgos que le provoquemos al reino. Tal vez el crecimiento se vea fomentado por la dificultad que finalmente nos obliga a depender de Dios en lugar de ser independientes. Y Su gloria a través de nosotros sólo se hará evidente cuando busquemos convertir cada ataque del

adversario en un claro testimonio del valor de la obra de Dios en y a través de nosotros.

EL PROPÓSITO DE GENERAR ALGO BUENO

Cirugía. Muchos de nosotros la hemos experimentado. Es inoportuna, dolorosa, desagradable, atemorizante y perturbadora, pero decidimos someternos a ella. ¿Por qué? Porque vale la pena el beneficio final. Promete producir un buen resultado.

La Palabra de Dios tranquiliza al creyente asegurándole que todo dolor es un proceso con propósito. De hecho, Dios garantiza que el propósito tendrá un buen resultado.

Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció,

también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos (Romanos 8:28-29).

La garantía de Romanos 8:28-29 contiene tres verdades que nos fortalecen en la dificultad.

AVANZAR CON LO QUE SABEMOS

La tribulación trae consigo un balde lleno de emociones: desesperación, dolor, venganza, autocompasión, ira, sufrimiento y una decena más de sentimientos. Si no tenemos cuidado, esos sentimientos pueden dominarnos y desviarnos de lo que sabemos. Las emociones descarrilan nuestros pensamientos y desvían nuestros compromisos. La manera como sentimos tiende a distorsionar lo que sabemos.

Nuestro recurso para el dolor no es lo que sentimos, sino lo que sabemos. Cuando Romanos 8:28 comienza con

las palabras «Y sabemos», literalmente significa que tenemos un conocimiento absoluto. Nuestro conocimiento del dolor no es un «espero», un «tal vez» o un «podría ser», sino la realidad del «seguro que es así». Mientras que nuestras emociones son como la arena movediza, el conocimiento es un lecho rocoso.

Notemos que cada sección principal sobre las dificultades en las Escrituras comienza con un llamado a lo que sabemos. «Sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, *sabiendo* que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba esperanza» (Romanos 5:3-4). Como hemos visto, Santiago 1:2-4 nos indica «tene[r] por sumo gozo [...] cuando [n]os halle[mos] en diversas pruebas, *sabiendo* que la prueba de [n]uestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que sea[mos] perfectos y cabales, sin que [n]os falte cosa alguna». Aun

cuando nuestras emociones desgasten las perspectivas, la verdad de Dios no cambia. La verdad es verdad sin importar cómo nos sintamos.

La verdad de Dios nos da un punto de apoyo extraordinario al que podemos aferrarnos en la prueba.

¿Qué es lo que sabemos? Sabemos que la tribulación desarrolla el carácter (Romanos 5:3-5) y que las pruebas nos equipan para ser más útiles (Santiago 1:2-5). Gracias a Romanos 8:28, sabemos que el bien es el propósito final del proceso de dolor. Saber y aferrarnos a lo que sabemos marca la diferencia. La verdad es nuestro factor de estabilidad en la tribulación.

Una amiga me contó acerca de los devastadores meses de depresión que había atravesado. Nada parecía ayudar. Me dijo que lo único que la sostuvo para no colapsar fue «la verdad de que el cielo es real». Ese pequeño conocimiento básico mantuvo la cabeza a flote

en las turbulentas aguas de su desesperación emocional.

Otro amigo, cuyo hijo había muerto hacía dos meses, me dijo, «Ahora duele más que cuando sucedió. Lo único que nos sostiene es saber que Dios es soberano y omnisciente», declaró con voz entrecortada. Este es un conocimiento bastante elemental, pero fue suficiente para ayudarlo a atravesar el proceso.

Como pueblo de Dios, tenemos la ventaja de poder aplicar la verdad al dolor. Concretamente, es un punto de apoyo en la tribulación, es nuestro recurso. Aferrémonos a ello.

EL DOLOR ES UN PROCESO

Romanos 8:28 continúa recordándonos que el dolor es un proceso hacia un bien final. Un aspecto fundamental para aceptar el dolor es saber que Dios nos ha colocado en un proceso. Ninguno de nosotros es lo que Él quiere que seamos.

Aunque nos ama y nos acepta tal como somos, también ve todo lo que podemos llegar a ser. El placer se las ingenia para hacer que nos sintamos satisfechos así como somos. El dolor capta nuestra atención para que Dios pueda cumplir el sueño que tiene para nuestras vidas.

Este proceso se define en varias etapas:

Es un proceso que lo abarca todo. Ya que Dios obra en «todas las cosas», tenemos la garantía de que todo lo que Él permita, ya sea dolor o placer, pesadilla o bendición, puede usarlo para transformarnos.

Los automóviles bellos son especialmente atrayentes. Mediante ese proceso llegan a ser bellos y útiles. Este proceso incluye un diseño que se alcanza doblando, golpeando, dando forma, calentando, remachando, fusionando y tensando.

Es un proceso lento a medida que la línea de ensamblaje avanza a una velocidad casi imperceptible, pero es específico y tiene una meta.

Cientos de componentes forman el todo. Algunos son antiestéticos y se añaden bajo una gran presión, mientras que otros embellecen la unidad; sin embargo, cada uno es esencial para el proceso.

En el contexto se observa la verdad de que el dolor es parte del proceso divino (Romanos 8:18,23,26). Desear ser transformados por Dios sin que haya dolor en el proceso es esperar que un trozo de acero amorfo se convierta en un producto bello y útil sin pasar por el trauma de la línea de ensamblaje.

Es un proceso continuo. En Romanos 8:28, la frase «*les ayudan*» indica un proceso presente y continuo. Dios jamás abandonará el propósito que tiene para con nosotros ni el proceso para alcanzarlo.

Tengo muchos proyectos inconclusos en el sótano de mi casa, cosas que desarmé para hacerlas funcionar de nuevo y antigüedades que había comenzado a restaurar. Para

Dios, nunca somos un proyecto abandonado.

Es un proceso bajo supervisión divina. Notemos también que Romanos 8:28 dice, «A los que aman a *Dios*». En las escenas de la historia de mi vida, la mano de Dios está detrás moviendo, cambiando, limitando, aplicando presión, dando fortaleza, reacomodando. Él es quien hace que todas las cosas nos ayuden a bien.

En 1856, Augusto Bartholdi viajó de Francia a Egipto. Quedó atónito ante la grandeza de las pirámides, la magnitud del poderoso Nilo y la belleza de la majestuosa esfinge del desierto. Su mente artística se vio estimulada. Durante este viaje conoció a otra persona que visitaba Egipto, Fernando de Lesseps. Este se encontraba allí para promover la idea de hacer un canal desde el Mar Rojo hasta el Mediterráneo, lo cual les ahorraría a los buques mercantes el largo viaje alrededor del continente Africano.

Augusto quedó muy entusiasmado con el concepto y decidió diseñar un faro que se erguiría a la entrada de ese canal.

No sería un faro cualquiera, sino que simbolizaría la luz de la civilización occidental que fluye hacia el oriente. Se necesitaron diez años para construir el Canal de Suez, y durante esos diez años Augusto elaboró su idea. Dibujó planos, hizo modelos de arcilla y desechó un plan tras otro. Finalmente logró su ideal; era el diseño perfecto.

Sólo había un problema. ¿Quién lo pagaría? Buscó en todas partes, pero nadie estaba interesado. Se inauguró el Canal de Suez [...] sin faro. Augusto regresó a Francia derrotado. Diez años de ardua labor y esfuerzo desperdiciados.

A usted le habría gustado la idea de este hombre. Era una dama colosal vestida con una túnica que se erguía más alta que la esfinge en el desierto. Sostenía los libros de la justicia en una mano y una antorcha

en alto en la otra para alumbrar la entrada al canal.

Luego de regresar a Francia, el gobierno francés solicitó los servicios artísticos de Augusto para que diseñara un obsequio para los Estados Unidos. La Estatua de la Libertad que alumbró el puerto de Nueva York demuestra que lo que sucede en medio de decepciones puede, a menudo, ser un preludio para cosas buenas que van más allá de lo que nos imaginamos.

Si en el transcurso normal de la vida se pueden procesar cosas aparentemente decepcionantes, difíciles y aplastantes para convertirlas en algo magnífico e importante, con cuánta mayor seguridad se llevará a cabo el proceso cuando la mano de nuestro sabio y poderoso Dios garantiza el resultado.

Sin embargo, debemos ser cautos para no deslizarnos en un fatalismo irresponsable que ve a Dios como el generador y también el procesador del dolor. Dentro de «todas las cosas»

en Romanos 8:28 se incluyen las elecciones humanas y sus consecuencias.

En su libro, *Affliction [Aflición]*, Edith Schaeffer cuenta acerca de un niño que cayó por un precipicio y murió y otro que se deslizó por el hielo hacia un lago congelado. ¿Acaso Dios empujó a un niño por el precipicio y al otro por el hielo? No, estas tragedias sucedieron porque vivimos en un reino caído y son parte de una raza pecadora. Aventurarse a ir demasiado cerca del borde del precipicio y no verificar la seguridad del hielo fueron elecciones, pero es la mano poderosa y creativa de Dios la que toma estos sucesos trágicos de la vida y obra para que, de todos modos, nos ayuden a bien.

La vida se parece mucho a un rompecabezas. A menudo, nuestras vidas pueden asemejarse a mil piezas esparcidas sobre la mesa, mezcladas, desorientadas, sin sentido y marcadas por la tragedia. Pero luego viene Dios y en forma

cuidadosa, sabia, a Su manera y en Su tiempo, une las piezas. Al final, el rompecabezas es algo que tiene sentido, algo bueno y bello. Esto es lo que sabemos.

Tal como Pablo afirmó: «el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (Filipenses 1:6).

EL DOLOR ES UN PROCESO CON PROPÓSITO

La tercera dinámica es que Dios no tiene un proceso sin un propósito. Romanos 8:28 garantiza que Dios procesa en nosotros todas las cosas para bien. Ese es Su propósito. Para el creyente, no hay dolor sin el propósito de un buen resultado.

Me encontraba en el vestíbulo de la iglesia diciéndoles a unos padres aliviados: «Dios ciertamente fue bueno al proteger la vida de su hijo». La noche anterior, el hijo de esta pareja había tenido un terrible accidente automovilístico. Fue

llevado de urgencia a un hospital que estaba a más de una hora de distancia para recibir un tratamiento especial. Durante toda la noche, la vida del muchacho pendió de un hilo. ¡Pero sobrevivió!

Junto a estos padres había otra pareja cuya hija había muerto en un choque hacía unos cuantos años. Entonces me di cuenta. *¿Acaso Dios no había sido bueno con ellos? ¿Cómo definía yo el concepto de «bien»? ¿Qué habrá significado mi comentario para los padres menos afortunados?*

Dios define bien en Romanos 8:29. El texto dice que este proceso es para aquellos que han sido llamados conforme al propósito divino. ¿Y cuál es ese propósito? Según el versículo 29 consiste en conformarnos a la imagen de Su Hijo, y esto es lo bueno.

Todo lo que nos lleve a reflejar mejor las cualidades de Cristo en nuestra vida y a través de ella, es bueno. Lo que sea que se requiera, dolor o placer,

es bueno si nos conforma a Su semejanza. Esta es la meta de Dios en el proceso del dolor. Él toma todo lo que permite y lo hace parte del proceso para que reflejemos la imagen de Cristo.

Hace años, cuando nuestra familia se encontraba en una conferencia, Mateo, nuestro hijo menor, se cayó y se rompió la muñeca. Yo nunca había visto algo parecido. El brazo apuntaba hacia la izquierda a la altura de la muñeca y luego retomaba su curso normal para llegar a la mano. Era grotesco.

Llevamos a Mateo de urgencia al hospital donde el doctor comenzó a acomodarle la muñeca. Yo observaba mientras él tomaba el brazo de Mateo y lo retorció. El doctor comenzó a transpirar y yo sentí el impulso de saltar y sacarlo de encima de mi hijo, pero simplemente me quedé sentado y observé lo que hacía. Yo sabía que el brazo de Mati tenía que ser reacomodado según el diseño y propósito originales. Sin embargo, el dolor y varias

semanas de molestias serían parte del proceso.

A menudo, cuando el pecado y la obstinación nos quebrantan y nos hieren, nuestro Dios bueno y amoroso también tiene que recomponernos, colocarnos de vuelta en el propósito que tiene diseñado para nosotros, es decir, conformarnos a la imagen de Su Hijo. Tiene que ponernos nuevamente un corazón compasivo, recto, y amoroso y reubicarnos en el propósito original de ser glorificado a través de nuestras vidas.

Dios no sólo tiene intención de conformarnos a lo que es bueno, sino que también dispone del poder para completar el proyecto.

Me encanta lo que dijo el profeta Isaías cuando escribió que Dios puede «consolar a todos los enlutados; [...] ordenar que a los afligidos de Sion se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar de espíritu angustiado; y [que] serán llamados árboles de

justicia, plantío de Jehová, para gloria suya» (Isaías 61:2b-3). Dios puede restaurar los años que la langosta se ha comido (Joel 2:25).

Miguel Ángel esculpió la estatua denominada David en un trozo de piedra. Otros artistas toman óleos de colores y lienzos para crear obras maestras. Vigas de acero se doblan y se sueldan para levantar monumentos de aspecto extraño en las plazas de nuestras ciudades. Sin embargo, jamás he visto a un artista intentar hacer algo bello con cenizas. Sólo Dios puede hacerlo (Isaías 61:3).

El Señor puede derramar el amor de Cristo en nuestras vidas. Tal vez requiera un poco de quebrantamiento y quizá sea necesario que atravesemos un tiempo de necesidad para tomar conciencia de las necesidades de los demás. Si hace falta sufrir para lograrlo, es bueno.

¿Podemos llorar con los que lloran? Es probable que Dios tenga que empapar nuestras mejillas con lágrimas para que

podamos identificarnos auténticamente como lo hace Cristo.

¿Somos autosuficientes? La tragedia de nuestra próspera cultura es que rara vez percibimos la necesidad que tenemos de Dios cuando, en realidad, lo necesitamos desesperadamente. Tal vez Dios tenga que despojarnos de parte de nuestra seguridad, con todo lo doloroso que eso pueda ser, para que aprendamos a depender de Él como lo hizo Cristo. Eso sería bueno.

¿Nos falta fe? Quizá sea necesario vivir una tragedia para que experimentemos la realidad de Dios y aprendamos a descansar y confiar en Él tal como Cristo lo hizo. Eso sería bueno.

¿Somos orgullosos, indiferentes, carnales, egoístas, vengativos, negativos o iracundos? Dios tiene algo mejor: el estilo de vida de Su Hijo.

Dios puede efectuar un cambio positivo en nosotros. Él sabe qué es mejor y qué hace falta para lograrlo. Como un escultor amoroso y todopoderoso,

seguirá cincelando nuestras vidas endurecidas hasta que Jesús pueda ser vislumbrado en nosotros.

Para los que conocemos a Dios, el dolor es un proceso con propósito. Nosotros no atravesamos momentos difíciles, sino que los momentos difíciles nos atraviesan a nosotros para que reflejemos la bella imagen de Cristo Jesús.

Y eso es bueno.



Este librito ha sido extraído del libro *The Upside of Down* (Lo Bueno del Revés), de Joe Stowell, publicado por Discovery House Publishers, miembro de la comunidad de Ministerios RBC. Joe Se desempeñó durante 18 años como presidente del Instituto Bíblico Moody. Actualmente es pastor y maestro en la Iglesia Harvest Bible Chapel de Chicago. También trabaja con Ministerios RBC en producciones de radio, literatura y televisión.

Si este librito le ha sido de ayuda, conozca el ministerio de Joe en Internet en el sitio www.getmorestrength.org para escuchar sus estimulantes mensajes semanales o los devocionales de la serie «Fortaleza Diaria».